

racter feroz aun de los Reyes, que solo soñaban con los torneos y el homenaje á la muger amada? pregúntesele á esa época sombría, y donde quiera, en todas partes, está estampada la huella del sacerdote: los subterranos, los bosques, las ciudades, todo testifica que el sacerdote, fue como el astro que vino á disipar las sombras de la noche fatal de aquellos tiempos.

No obstante, no se estime este mérito; no se vea este servicio, contémplese solo como ministro de Dios, constituido para ser su intérprete, para presentarle nuestras plegarias, y darnos el bien que nunca termina, y esta reflexión basta para convencernos que debiendo tributar á Dios un culto público, este es en parte imperfecto, si al sacerdote no se le guarda el respeto, que se le debe. Con relacion á Dios reclama justamente nuestra consideracion, quien quiera blasonar de cristiano, debe llamarle su amigo y pedirle sus consejos. El que olvidará y la ingratitud deben enmudecer á la vista de su mision, y conduciendonos por él hasta el sepulcro ¡plegue á Dios, él mismo sierra nuestros ojos, al sueño tranquilo de la muerte.

Narciso Sañudo. Por mí y familia José Maria Caballero. Francisco Carranco. Guadalupe Espino. Por mí y toda mi familia José Mariano Mesa, Joaquin Ruiz. Ignacio Herrera. German Rivera. José Maria Chavero. Trinidad Gu-

SEGUNDA PARTE.

DEBERES DEL HOMBRE

PARA CON LOS DEMAS.



Por un efecto de las leyes de la naturaleza, los hombres dependemos necesariamente unos de otros, de manera, que todas nuestras operaciones deben tender al bien público, al bien de la sociedad que nos rodea. Apenas se anuncia nuestra entrada en la vida, y ya hay un ser amable, un ser previsor y diligente que cuida de nosotros con ternura, espia nuestros mas ligeros movimientos para ir en nuestro socorro, el sueño huye de sus párpados, el dia lo emplea en preparar nuestros pequeños vestidos, y puede decirse es un constante centinela, que vela por nuestra conservacion: nos nutre consigo misma é imprime sin cesar en nuestra

frente los besos de su amor maternal, acude á nuestro llanto, y nuestro asiento, nuestro reclinatorio es en sus brazos, ó en la cuna que merecen la ternura y el amor.

Este ser es el mismo, á quien la naturaleza ha dado el título encantador de madre: ella ha pasado valerosa por los umbrales de la muerte para darnos la vida; se ha sugetado á los mas agudos dolores, y nos cura cariñosa de los que experimentamos cuando nuestra existencia está á su custodia. Mientras una madre se dedica al desempeño de su sublime ministerio, su compañero fiel, el amigo con quien ha dividido sus afecciones, aquel que le sirve de apoyo, nuestro padre, se ocupa en alimentarla, en ayudarla en su debilidad y protegerla, puesto que nosotros como una yedra delicada, dulce y adherida al tronco que la sostiene, moriría faltándole este apoyo, cuida de su querida compañera como la única que puede encargarse de nuestros primeros dias. Nuestras enfermedades, nuestras mas insignificantes exigencias son atendidas con placer y prontitud; nada importan sus desvelos, sus afanes por cuidarnos. Entramos en la edad de los primeros pasos y nos sostienen en ellos: todo hacen que nos sonria al derredor, y como si plantaran flores

Narciso Sañudo. Por mí y familia José Maria Caballero. Francisco Carranco. Guadalupe Espino. Por mí y toda mi familia José Mariano Mesa, Joaquin Ruiz. Ignacio Herrera. German Rivera. José Maria Chavero. Trinidad Gu-

yes.
nue
Bo
rad
de
prie
J. l
nar
los
Jos
ria
me
Ser
Re
N.
so.
Jos
Po
Fr
Ma
An
sé
ca
Fr
An
mi
sé
Ru
nu
Ca
H
mi
De
ler
me
mi
jal.

res en nuestro camino "las únicas que pisarán (parece dicen en su interior,) hagámosle grata la aurora de la vida, mañana tal vez rotará sus pies guijarro agudo, alfombremos su débil tránsito, porque mañana un reguero de sangre y lágrimas será su triste huella, cuando recorra el penoso sendero, que le espera."

¡Es imposible describir todo lo que el hombre debe de sus padres! á cuantos bienes les es deudor! El ser, la vida, he aquí lo que puede decirse. La infancia les debe los cuidados, la juventud los consejos y la instrucción, la virilidad la firmeza y el ejemplo, la ancianidad los dulces recuerdos, y hasta la tumba lleva su honroso apellido. Sin ellos ¿quién nos atendería? ¿á quiénes como á nuestros padres les ha dado Dios igual amor para cuidarnos? ¿quién como ellos sufriría sin disgusto nuestras molestias? Por esta razon estamos obligados á amar, á respetar, á obedecer, á honrar á nuestros padres. Dios mismo ha dicho, "el que no ame ni honre á su padre y á su madre, muera!" y por el contrario "El que honre á su padre y á su madre, vivirá largo tiempo sobre la tierra."

El amor filial ha sido muchas veces el asunto poético de la fábula simbólica, la historia que describe cubriéndolo de brillantéz su-

blime, la historia de las naciones lo refiere con admiracion y respeto.

Honar á nuestros padres es consultarles, seguir sus dictámenes, observar sus preceptos, caminar por la senda de la virtud y conservar sin tacha su memoria.

No solo á estos seres respetables les estamos obligados, sino tambien á nuestros maestros. Nacidos en la ignorancia, viviremos constantemente en ella, y envueltos entre tinieblas mas espantosas que la muerte misma, moriríamos sin haber enriquecido nuestra memoria con aquellos conocimientos, que no podemos conseguir sino con el auxilio de nuestros hermanos. Las ciencias y las artes estarían veladas como el misterio, y no conoceríamos ni aun su existencia; así es que, tropezando de error en error, tocariamos con el sepulcro, dejariamos de existir, puede decirse, sin haber existido. Por consiguiente, estamos obligados á respetar á los que nos han dado la instruccion, á los que han descubierto á nuestros ojos, á nuestra inteligencia un mundo, cuyos encantos lo forman utilidad y la belleza.

Nuestra obligacion se extiende tambien al ejemplo, á la piedad y al amor. Muchas veces acontece que lo que no se adquiere con el

Narciso Sañudo. Por mí y familia José Maria Caballero. Francisco Carranco. Guadalupe Espino. Por mí y toda mi familia José Mariano Mesa, Joaquin Ruiz. Ignacio Herrera. German Rivera. José Maria Chavero. Trinidad Gu-

yes
nue
Bo
rad
de
prie
J. l
nar
los
Jos
riat
me
Set
Re
N.
so.
Jos
Po
Fr
Ma
An
sé
ca
Fr
An
mi
sé
Ru
nu
Ca
H
mi
De
le
me
mi
jal.

tigo, se obtiene con el buen ejemplo; el dulce aspecto de la virtud inspira veneracion, el alma que solo se ha nutrido con el crimen alguna vez la contempla heroica en medio de los peligros, generosa con sus ofensores, magnánima en las adversidades, y la lágrima arrancada por su opresor, si es perseguida, va á rociar hasta el seno del corazon culpable y convirtiéndolo forma de él su santuario. El miserable que perseguido del hambre llega á nuestras puertas implorando un pedazo de pan; el huérfano que ha empapado con su llanto nuestros umbrales; la viuda sin apoyo; el anciano quien solo le quedan las quejas y el aislamiento; á estos seres desventurados debemos socorrer con bondad: el amparo que se les dé no será grato á la Providencia, sino aun la soledad, por corrompida que sea, no dejará de conducir al bienhechor.

Mañana tal vez nosotros mismos sufriríamos, nuestro sufrimiento, nuestras lágrimas serian estériles; y roto el derecho de reclamar la compensacion quedariamos reducidos al mas doloroso abandono.

El amor á nuestros semejantes, es un precepto primario impuesto por el mismo Dios, y prescindiendo de la ley, ¿cuando fué propio

del corazon noble el odio á un hermano? Uno de los atributos del amor es la indulgencia; la venganza de una injuria recibida es siempre detestable, pues á mas de que la satisfaccion que proporciona es muy amarga, denigra al que se venga, y lo hace acaso mas despreciable que el ofensor. Amarnos mutuamente es una de las leyes mas sublimes de la naturaleza, y principalmente de la caridad cristiana; pues este sentimiento es el autor puede decirse de los actos mas brillantes de nuestra vida. De ella dimanan todas las virtudes políticas y religiosas, es ella el movil, ella el origen de las buenas acciones, y nos enseña á ver aun en el mas vado una víctima, que debemos compadecernos mas bien que detestar, puesen él nos presentamos solo un desgraciado, a quien le debemos muchos consejos, y en quien debemos aborrecer tan solo el vicio, cuyos funestos estragos debemos no olvidarlos, como que sirven de ejemplo.



Narciso Sañudo. Por mí y familia José Maria Caballero. Francisco Carranco. Guadalupe Espino. Por mí y toda mi familia José Mariano Mesa, Joaquin Ruiz. Ignacio Herrera. German Rivera. José Maria Chavero. Trinidad Gu-

TERCERA PARTE.

DEBERES DEL HOMBRE

(PARA)

CONSIGO MISMO.

SIENDO el hombre una criatura racional, dotada de inteligencia y formada para un alto destino, nada basta a disculparle del abandono, que se sugete él mismo: es por consiguiente de su deber procurarse todo lo que conduzca á su cultivo, todo lo que pueda colocarle en el puesto, que le ha designado la Providencia. Para cumplir con los deberes que se dejan expuestos, es preciso atenderse él mismo con los que se le han impuesto, tales son, ilustrar su entendimiento, nutrir su corazon con los buenos sentimientos, y procurar su propia conservacion. A nada se ha debido muchas veces un mal deplorable, una desgracia, sino á la ignorancia; muchas acciones útiles y satisfactorias se de-